

## Los ángeles se bañan en la sombra del cerezo

**José Rodolfo Espinosa Silva**

Escuela Normal J. Guadalupe Mainero

La campana, con su repiqueteo,  
anuncia un desfile de palomas.  
Cruzo la puerta de cedro que es custodiada,  
a diez metros de altura,  
por tres gárgolas rampantes.  
Me recibe una nube de incienso  
y el cantar de vetustas sirenas.  
Un instinto poderoso mueve mi mano de la frente al corazón  
y a los hombros, formando la cruz.  
Tantas cosas dependen  
de lo aprendido en la primera infancia.

Hay otros cinco como yo,  
con similar peso y altura.  
Formados en pares, levantamos el ataúd;  
somos seis,  
el número del hombre,  
del animal que se sabe condenado.  
El féretro pesa,  
o es el sueño eterno que con cada grano busca la tierra,  
o la oración de miles de gusanos que esperan su alimento.

Hoy ha muerto papá.  
La campana suena de nuevo.  
Un coche adornado nos obstruye el paso;  
dentro, una mujer vestida de blanco

termina de maquillarse.  
Giro a la derecha y vislumbro un letrero:

*Bautizo mañana a las 10*

El mundo parece seguir;  
continúa, apático, todo igual  
como si no hubieras muerto.  
Una ilusión,  
como el dolor en mi brazo.  
Bajamos a la calle, cruzando a la otra orilla  
como barqueros en un río de asfalto.  
La carroza... ¿así se le dice?  
La carroza fúnebre abre su boca,  
similar a una pitón que expande su mandíbula,  
se alimenta de ataúdes como la tierra y los gusanos.

Tal vez por eso el humano maltrata la Tierra,  
es Gea, no Cronos, quien termina por devorarnos.  
en medio de la soledad y el silencio.



**Enrique Samaniego**, Tinta china sobre papel, 2024.